

Verlo sentado allí, en la penumbra del estudio, nunca hubiera sugerido lo que realmente era. Los magos de hoy en día no se visten con túnicas cabalísticas de plata y negro; en cambio, usan batas de color púrpura. No es necesario que sus cejas se junten, que sus uñas crezcan como garras y que sus ojos brillen como llamas. Tampoco andan necesariamente encubiertos, ni son furtivos y viejos. Éste no lo era; era joven y delgado, casi imperialmente sencillo.

Se sentó bajo la luz de la lámpara en la gran habitación con paneles de roble; un hombre moreno y apuesto de unos treinta y cinco años de edad. Había poca audacia o malicia visible en su rostro afilado y limpio, y poca locura en sus ojos; sin embargo, era un mago, tan seguro de sí mismo como si estuviera al acecho de sacrificios humanos en la oscuridad de las tumbas prohibidas.

Solo era necesario que uno inspeccionara las paredes de su estudio para corroborarlo. Sólo un mago poseería esos voluminosos y desgarrados libros de saber monstruoso y fantástico; solo un adepto se atrevería con los misterios más oscuros del Necronomicón, los Misterios del Gusano de Ludvig Prinn, los Ritos Negros del loco Luveh-Keraph, sacerdote de Bast, o el espantoso Cultes des Goules del conde d'Erlette. Nadie, salvo un hechicero, tendría acceso a los manuscritos antiguos encuadrados en piel etíope, o quemaría incienso rico en afrodisíaco en una calavera engarzada. ¿Quién más llenaría la piadosa oscuridad de la habitación con reliquias curiosas, recuerdos mortuorios de tumbas profanadas o pergaminos de pavor primigenio roídos por gusanos?

Superficialmente, esa noche era una habitación normal y su ocupante era un hombre normal. Pero como prueba de su inherente extrañeza, no era necesario echar un vistazo al cráneo, las librerías o los lúgubres restos envueltos en sombras, para reconocer a su ocupante por lo que era. Porque James Allington escribió esta noche en su bitácora, y sus cavilaciones estaban lejos de la cordura.

»Esta noche estoy listo para hacer la prueba. Estoy convencido por fin de que la escisión de la identidad se puede lograr mediante el hipnotismo terapéutico, siempre que se pueda inducir la actitud mental que conduce a tal partición.

»Asunto fascinante. Identidad dual ¡El sueño de los hombres desde el principio de los tiempos! Dos almas en un cuerpo... toda la filosofía se basa en la lógica comparativa; el bien y el mal. ¿El alma humana? Stevenson sólo tenía razón en parte cuando escribió Dr. Jekyll y Mr. Hyde. Imaginó una metamorfosis que variaba de un extremo al otro. Creo que ambas identidades coexisten; que, una vez separadas por el pensamiento autohipnótico, un hombre puede disfrutar de dos existencias simultáneamente: su yo bueno y su yo malo.

»Se rieron de mi teoría en el club. Foster, ¡ese viejo tonto pomposo!, me llamó soñador. ¿Soñador? ¿Qué sabe él, un químico insignificante, sobre los misterios elementales de la vida y la muerte? Un vistazo a mi laboratorio sacudiría su alma presumida hasta la locura. Los otros, también; escritores, fósiles pedantes que se llaman a sí mismos profesores, biólogos remilgados que se horrorizan ante la mención de mis experimentos en la creación sintética de la vida. ¿Qué podrían entender? Temblarían ante el Necronomicón; lo quemarían, si pudieran, como lo hicieron sus piadosos antepasados hace trescientos años. ¡Cazadores de brujas, escépticos, materialistas todos ellos! Estoy harto de esta estúpida manada. El destino del genio es vivir solo. Muy bien, entonces. Viviré solo, ¡pero pronto vendrán encogidos de miedo a mi puerta y suplicarán misericordia!

»¡Si mi trabajo de esta noche tiene éxito, si puedo hipnotizarme a mí mismo y desdoblar mi personalidad, manifestarlas físicamente... Incluso la psicología moderna afirma que se puede hacer. El espiritismo acredita sus posibilidades. Los antiguos me han proporcionado la clave del problema, como lo han hecho antes. Alhazred sabía muchas cosas, era solo el peso del conocimiento lo que lo volvía loco.

»¡Dos cuerpos! Una vez que pueda alcanzar ese estado a voluntad, tendré la llave de los poderes para siempre negados a los hombres. La inmortalidad, tal vez; es sólo un paso más. Después de eso, no habrá necesidad de esconderse aquí; no habrá necesidad de hacer pasar mis investigaciones como un pasatiempo inofensivo. Soñador, ¿eh? ¡Yo se los demostraré!

»Me pregunto cómo se verá la otra forma. ¿Será humana? Debe serlo, de lo contrario... pero es mejor que no piense en eso. Es muy probable que sea de aspecto feo. No me halaga. Sé que el lado malo de mi naturaleza, aunque oculto, es indudablemente dominante. Sin embargo, existe el peligro: el mal es una fuerza incontrolable en su forma más pura. También extraerá fuerza de mi cuerpo, energía para manifestarse físicamente. Pero eso no debe disuadirme. Debo hacer la prueba. Si tiene éxito, tendré poder, poder jamás soñado, poder para matar, desgarrar, destruir. Después de eso, habrá otras cosas agradables que hacer.

»Pero basta de reflexiones. Debo empezar. Cerraré las puertas del estudio; los sirvientes se han ido por la noche y no habrá nadie que se inmiscuya en mi intimidad. No me atrevo a arriesgarme a utilizar una máquina manipulada eléctricamente. Puede

haber consecuencias adversas al eliminar la hipnosis. Intentaré inducir un trance hipnótico concentrándome intensamente en este pesado y pulido cortapapeles que está aquí en mi escritorio como punto focal.

»Pondré la alarma para las doce, exactamente dentro de una hora. Su timbre romperá el hechizo. Creo que eso es todo lo que necesito hacer. Como precaución adicional, quemaré este registro. Si algo sale mal, odiaría que todos mis pequeños planes fueran revelados al mundo.

»Sin embargo, nada saldrá mal. He usado la autohipnosis muchas veces antes, y seré muy cuidadoso. Será una sensación maravillosa controlar dos cuerpos a la vez. Apenas puedo controlarme a mí mismo. Siento que mi cuerpo tiembla de entusiasmo y anticipación por su próxima metamorfosis. ¡Poder!

»Muy bien. Después de que este informe se reduzca a cenizas, estaré listo para emprender el mayor experimento que el hombre haya intentado.

James Allington se sentó ante la lámpara. Delante de él, sobre la mesa, estaba el cortapapeles, con la reluciente hoja pulida. Sólo el lento tic-tac de un reloj rompió el silencio de la habitación cerrada.

Los ojos del mago estaban vidriosos; brillaban, inmóviles como los de un basilisco. El reflejo de la superficie del cuchillo atravesó su retina como el rayo de fuego de un sol ardiente, pero su mirada nunca vaciló.

¿Quién sabe qué extraña inversión estaba ocurriendo en el cerebro embrujado del soñador? ¿Qué sutil transmutación generó a partir de su propósito? Se había dormido con la firme determinación de cortar su alma, dividir su personalidad, separar su ego. ¿Quién sabe? El hipnotismo hace muchas cosas extrañas.

¿Qué poderes secretos invocó para ayudarlo en su lucha? ¿Qué génesis negra de vida impía acechaba entre las sombras de su conciencia interior? ¿Qué demonios del mal lascivo le concedieron sus oscuros deseos?

De repente se despertó y pudo sentir que ya no estaba solo en esa habitación nocturna. Sintió la presencia de otro, allí en la oscuridad, al otro lado de la mesa.

¿Era otro? ¿No era él mismo? Miró su cuerpo y no pudo reprimir un grito de asombro. ¡Parecía haberse reducido a menos de una cuarta parte de su tamaño normal! Su cuerpo era ligero, frágil, empequeñecido. Por un momento fue incapaz de pensar o moverse. Sus ojos se desviaron hacia un rincón de la habitación, tratando en vano de ver los movimientos oscurecidos por la penumbra de una presencia que se tambaleaba

allí.

Entonces sucedieron varias cosas. De la oscuridad surgió una pesadilla; cruda y fija: una figura monstruosa y peluda; enorme, grotesca, simiesca, un espantoso viaje por todas las cosas humanas. Fue una locura negra; babeante y burlona con ojillos rojos de sabiduría vieja y malvada y un hocico lascivo y colmillos amarillos en una mueca muerta. Era como un cráneo vivo y podrido sobre el cuerpo de un mono negro. Era espantoso y malvado, troglodita y sabio.

Un pensamiento monstruoso asaltó a Allington. ¿Era este su otro yo, este horror carnal generado por un necrófago?

Demasiado tarde, el mago se dio cuenta de lo que le había sucedido. Su experimento había tenido éxito, pero terriblemente... No se había dado cuenta de cuánto el mal en su naturaleza había superado al bien. Ese monstruo, esa espantosa abominación de la oscuridad, era más fuerte que él y, al ser únicamente malvado, no estaba controlado mentalmente por su otro yo.

Allington lo vio ahora con nuevo miedo en sus ojos. Era como una criatura del Abismo. Todo lo que era repugnante, obscuro y antihumano yacía detrás de esa sonriente parodia de un semblante. El cuerpo de bestia insinuaba sombras que se arrastran debajo de la tumba o acechan sepultadas en los recovecos más profundos de las mentes normales. Sin embargo, en él, Allington reconoció una caricatura loca y atávica de sí mismo: toda la lujuria, la codicia, la loca ambición, la crueldad, la ignorancia; Los secretos de su alma engendrados por el demonio dentro del cuerpo de un simio gigantesco.

Como en respuesta a su reconocimiento, la criatura se rio y tentáculos de terror se apoderaron del corazón del mago.

La cosa venía hacia él, tenía la intención de destruirlo, como siempre lo hace el mal. Allington, con su diminuto cuerpo luchando ridículamente por moverse mientras se lo impedía la ropa, ahora grande para su diminuta figura, corrió de su silla y se aplastó contra la pared del estudio. Su voz, curiosamente aguda, gritaba una súplica frenética y órdenes inútiles a la némesis que se acercaba.

Sus oraciones se convirtieron en los roncos balbuceos de la locura cuando la enorme bestia se abalanzó sobre la mesa. Su experimento estaba teniendo éxito con creces... ¡Venganza! Sus ojos deslumbrantes observaron, fascinados, cómo una gran zarpa agarraba el cortapapeles y una risa aterradora acribillaba la noche. Estaba riendo... ¡riendo! En algún lugar sonó un despertador, pero el mago no pudo oírlo...

Encontraron a James Allington muerto en el suelo de su estudio. Había un cortapapeles incrustado en su pecho, y lo llamaron suicidio, porque nadie podría haber

entrado en esa habitación cerrada y sin ventanas.

Pero eso no explicaba las huellas dactilares en el mango del cuchillo, las terribles huellas dactilares, como las dejadas por la mano de un simio gigantesco.